

ANTIGUALLAS MADRILEÑAS

LA HORA DE "EL DESEADO"

En los días de agosto del año épico de 1808, Madrid parecía que podía, al fin, respirar libremente, horra la villa de la presencia de los odiados representantes del emperador de los franceses. Murat, Savary, Belliard, nombres eran que se repetían como una evocación de pesadilla. La iglesia carmelita de San José no veía, como antes, en sus gradas y en su atrio la manifestación de la insolencia fastuosa que era gala en la invasora soldadesca, y aquellas piedras centenarias y aquellos arcos seculares que vieron ofendida su piadosa, serena y castellana gravedad con el estruendo de la comitiva marcial que allí acudía los domingos, más que al devoto impulso de asistir al sacrificio de la misa al sano alarde de ostentaciones peligrosas, no tuvieron ya profanado su fondo austero con la policromía coruscante de los uniformes, y de los soldados, y de los sables aúreos, y volvieron a sustentar a los clásicos mendigos de pura casta y cepa con sus hábitos pardos y sus rostros cetrinos. Las buenas madrileñas pudieron tornar a sus devociones sin recatar con las mantillas sus rostros a la manera musulmana, libres ya del peligro de hacerse codiciales a los ojos de los dominadores, y los mismos sacerdotes, que sentían temblar por una santa ira su brazo forzado a bendecir a los enemigos, pudieron dirigir otra vez sus bendiciones a buenos patriotas y cristianos.

Era una fiesta espontánea y general. Fiesta que se sentía en el ambiente, y en los ojos de todas y en los corazones de todos. Por fin volvíamos a ser españoles y a vivir como españoles. Entonces hubo una magna y constante peregrinación a los lugares santificados por el sacrificio. Todos los días, Madrid entero bajaba por la calle de Alcalá, y por la Carrera de San Jerónimo, y por la calle del Prado. El Buen Retiro era la Jerusalén de estos creyentes fervorosos, y aquellos patriotas iban también como viejos hebreos a llorar sobre las ruinas de su Sión destruida.

Alamos amigos de Lope; boscajes encantados; rosales de Amarilis y de Tisbe; frondas amables, amadas del rey rubio y poeta, ¿dónde estáis? En la floresta forrajearon los caballos, y aquellos corceles tuvieron como cuadras salones de un palacio real. Aposentos que oyeron la voz de Farinelli, sintieron retumbar sus muros al estampido de los cañones, y aquellos patios que recordaban la gala y ceremonia de la etiqueta de los Austrias, y la elegancia versallesca de los Borbones, estaban manchados con la sangre inocente de los fusilados del Dos de Mayo. La muchedumbre madrileña

acudía a aquellos lugares que fueron de encanto y maravilla y eran ahora tierras de espanto y amargura. A la vista de aquellos horrores, de tales estragos, el odio a los invasores se aumentaba en los corazones, donde crecía poderoso. Y entonces hubo algo grande y bello. No quisieron los madrileños dar al aire querellas jeremiáticas. Hicieron el esfuerzo de su voluntad y de sus brazos y organizóse una corvea sin más mandato que la intención de todos. Así, cuando para evitar desgracias en los derrumbamientos se prohibió la entrada en el Retiro, los madrileños protestaron. Y pronto volvieron todos a los trabajos salvadores. Y se desclavaban los cañones

A punto de las seis, los expedicionarios aparecieron a la entrada de la villa, y fué un momento inefable aquel en que el general D. Pedro González Llamas dió la orden de alto, y él solo, destacándose del ejército, penetró en el santuario de Atocha, con la majestad de un héroe de Esparta, llegando a dar gracias a la divinidad propicia en el misterio de la selva sagrada.

¡Madrid libre! Y el desbordamiento del júbilo de todos corría y se derramaba por la ciudad entera. Y los buenos madrileños no quisieron ser descortes con sus santos familiares, y decidieron que la alegría de la casa debía estar dignamente presidida. Y el día 14, el obis-

recordando su antigua calidad de coronel del regimiento de Africa, púsose al frente de los soldados y entró con ellos en Madrid, en medio de una ovación tan formidable como si aquel prelado, que no debía tener un concepto muy seguro de la grave seriedad de su cargo, trajese colgada del pectoral la felicidad de los españoles, que siempre fueron unos niños grandes dados a la garrulería y al relumbrón.

Una prisa muy justificada fué la que excitó a los individuos del Concejo a llevar a cabo cuanto antes el acto de proclamar al ausente, de tal modo, que el día 5 de agosto se habían reunido para disponer de la manera más inmediata posible aquel acatamiento. Y, finalmente, al otro día de la llegada de Castaños, regocijóse la corte con la proclamación del ansiado príncipe, que, huésped de Tayllerand, se divertía en tierras francesas, sin curarse mucho de la suerte de los españoles. Como el protocolo no había variado, dispúsose para tal ceremonia el mismo programa que había servido el mes anterior para levantar sobre el hipotético pavés al bueno de José I. Sólo para dar una nota castiza hubo de advertirse que los regidores irían vestidos a la antigua española, con traje sencillo, negro y blanco, de seda de nuestras fábricas.

Y el poco espacio de tiempo que mediaba entre una y otra proclamación, junto con lo incompleta que tuvo que ser la celebración de la anterior, dió lugar a que, no habiéndose podido dar más que la primera de las tres corridas anunciadas en los días de José Bonaparte ni quemándose los fuegos artificiales con que se le obsequiaba, se diera el caso de que los toros que iban a ser lidiados en holocausto al francés y la pólvora que debió esplender mil juegos de color y de luz en honor del intruso, sirvieran para el júbilo popular a la mayor gloria de D. Fernando.

Y alborotóse de alegría el pueblo, y las majas tañeron sus panderos cuadrados. Los vasallos del legítimo príncipe se pusieron en la solapa unas escarapelas con el retrato del soberano, y la gente acudía al parque de Palacio, Portillo de Gil Imón, a las Delicias, a Recoletos, a la Fábrica de Tapices y al patio del cuartel de Guardias de Corps, a ver cómo hacían el ejercicio los voluntarios. Luego marchábase a la Red de San Luis para deleitar su paladar goloso y patriótico saboreando unos bollos de actualidad que cierto confitero, conocedor de la masa que traía entre manos, vendía profusamente, después de haberlos titulado: «Panecillos de la proclamación.»

Pedro de REPIDE



LA PROCLAMACIÓN DE FERNANDO VII EN MADRID (Curiosísima estampa de la época)

abandonados, y se recomponían, y aquellas armas francesas pasaban a ser armas españolas, santificadas y venerables. Citase un nombre ilustre en las patrióticas empresas de aquellos días. Don Santiago Hartzenbusch, maestro ebanista, uno de los que dirigieron los trabajos para recomponer las cajas de los fusiles rotos y abandonados. Ese hombre daba también a la patria la gloria de un hijo insigne. El autor de «Los amantes de Teruel».

Días de fiebre y de entusiasmo. Los ejércitos de Valencia y de Murcia llegaban a Madrid, y la corte se disponía a recibirlos dignamente. Aquellos 8.000 soldados de la independencia, militares los unos, voluntarios que abandonaron sus casas y sus campos los otros, venían para dar a la capital un refuerzo marcial que se necesitaba. Y fué de ver aquella solemne mañana del 13 de agosto, cuando Madrid en masa salió a las afueras de la Puerta de Atocha para recibir a aquellos hermanos que llegaban.

po de Corinto, que era el auxiliar de Madrid, dió una misa memorable delante de los cuerpos de San Isidro y de Santa María de la Cabeza, que encontraban a su pueblo querido liberado, animoso y abierto a la esperanza como a una luz divina y ultrahumana.

Al fin, el señor rey D. Fernando VII iba a ser proclamado monarca de aquel país a cuya corona había renunciado, y el día anterior a tan esperada ceremonia debía llegar a la villa el general D. Francisco Javier Castaños, a quien se aclamaba como vencedor en los campos de Bailén. Y el día 23 de agosto hubo de darse en la corte un espectáculo muy español. Hacíase al ejército de Andalucía un recibimiento tan efusivo o quizá más que el hecho a los soldados de Valencia, y cuando en medio de las aclamaciones de la multitud emocionada subían las tropas por la Carrera de San Jerónimo, el reverendísimo Patriarca de las Indias, D. Pedro de Silva, salió al encuentro de los recién llegados, y

IMPRESIONES DE UN LECTOR

«LA BIBLIA EN ESPAÑA»

LIBRO curioso y amenísimo, esta reseña de viajes por la España de la primera guerra carlista; y sería difícil decir si en él es más interesante la visión que nos da o la persona misma del viajero, mezcla singular de vagabundo y apóstol, o mejor, resurrección del apóstol genuino en nuestros tiempos visiblemente inadecuados para ello. Dudo mucho que la sombra de Don Quijote haya tomado nunca en España más extraordinarias apariencias de realidad; aunque la sombra de su escudero fuese muy diversa de la del buen Sancho, y perteneciese de lleno al dominio, también españolísimo, de la novela picaresca; porque ese acompañante, en la primera parte del itinerario al cual me refiero, fué un gitano con toda la caracterización típica de su raza.

Ese libro es el de Jorge Borrow, *La Biblia en España, o Viajes, aventuras y prisiones de un inglés, en su intento de propagar por la Península las Sagradas Escrituras*. Acaba de traducirlo, con toda pulcritud, el cultísimo escritor Manuel Azaña.

Jorge Borrow, más que autor, es el personaje central de su relato. Iba a decir el protagonista de su novela. Y realmente, así es; porque la circunstancia de ser verdad objetiva y real su narración no se opone a que la fuerza y el relieve imaginativos den categoría novelesca al libro. ¿Cómo lo diré? Es un libro de caballerías, a su modo; saboreo anticipado de la ventura peligrosa que no llega a ocurrir, pero que casi se desea, por la obstinada voluntad de una misión en la cual se mezcla un vago anhelo de martirio.

Borrow era un producto del espíritu literario de aquella etapa inglesa que Taine llamó Renacimiento cristiano. Probablemente su primer impulso educativo fué *El Peregrino*, de Bunyan. Su relato nos parece ahora un renuevo invertido de los peregrinajes compostelanos que en casi toda la Edad Media señalaron a través de España un camino universal. Borrow nació de una generación educada en una literatura de viajes, cuyas dos formas capitales están en el *Gulliver* y el *Robinson*, libros opuestos en cierto modo, ya que el uno es el reflejo de un humorismo pesimista y doloroso, entronque singular entre Rabelais y Voltaire, y el otro es una obra optimista, autodidáctica, de educación y adiestramiento para la formidable obra colonial que entonces se intensificaba ante la energía inglesa. Recordemos que la última parte del *Robinson* tiene mucho de proselitismo religioso británico.

Pero Borrow, a pesar de la influencia de Bunyan, supo sacudir todo ascetismo puritano. Tampoco entenebrece su alma ninguna veleidad de *humour*. No olvidemos que aquella literatura, amiga de la fantasía exótica y trashumante, se vertió también en la copa romántica de Byron. El traductor del libro que comentamos habla, en una prólogo muy interesante y ameno, de la admiración de Borrow por el *Childe Harold*. Por otra parte, las correrías de Borrow por España, tras un ideal de puro espiritualismo, ¿qué otra cosa son sino una empresa romántica, paralela en cierto modo de la que rescató en los campos de Grecia las impurezas byronianas?

No sólo está exento de todo ceño puritano o quákero el espíritu de Borrow, sino que vemos flotar sobre él una dulce ironía. Aparte de la visión de su empresa de apostolado entre la masa de la población española, ofreciase al fervor

de Borrow una raza interesante y sugestiva, supervivencia parasitaria de extrañas y lejanas inmigraciones: los gitanos. Borrow se había aficionado al estudio redentorista de esa raza entre los gitanos de Inglaterra; conocía su lengua, esa misteriosa germanía cuyos orígenes son un misterio; tinieblas pretéritas, muy propias de los vagabundos ante quienes, según el verso de Baudelaire, se abre «el imperio familiar de las tinieblas futuras». Borrow llegó a traducir a esa jerga el Evangelio de San Lucas. Hace muchos años que conozco ese librito singular.

¿Y cuál es la España que ese viajero excepcional hace desfilar ante nuestra vista? El vigor descriptivo de Borrow, su facundia evocativa, la justeza de sus imágenes, son excepcionales. No vacilo en decir que, como visión de España por un extranjero, no conozco otra superior, dentro de las normas realistas o propiamente clásicas; dejo aparte la maravillosa exaltación romántica de la España de Gautier (de ese verdadero hispanófilo tan calumniado por los que no lo han leído) y la España transfigurada (no desfigurada) de Irving.

Todo ello, en cuanto al elemento natural, paisaje y pueblo, multitud rural no alterada en sus caracteres inmemoriales por la obra lentísima de la cultura. ¿Y la otra España, la España cortesana y letrada? Ante todo, una observación: aquella España poseía un sentido de tolerancia que, desgraciadamente, no tiene ya la actual. Jorge Borrow encontró, ciertamente, dificultades en su empresa, dificultades que pudo vencer; pero halló también generosa acogida por parte de muchos que parecían predestinados a fulminar contra él las iras de la ancestral intolerancia persecutoria. Y si esta ocasión no fuese inadecuada para ello, podríamos citar infinitos ejemplos inversos de posteriores retoños del antiguo espíritu.

El mundo político de aquellos días, en que estallaba la crisis nacional tristemente fracasada, se nos ofrece, en las páginas de Borrow, con notas a menudo sorprendentes. «Un cierto duque de Rivas fué nombrado ministro de lo Interior.» ¿No nos hace sonreír un poco, ahora, esa despectiva calificación? «Difícil sería decir por qué a Galiano, el más inteligente de los nuevos ministros, le hicieron ministro de Marina, ya que España no tiene ninguna.» ¿Cómo divaga por nuestra mente el recuerdo de la frase de Larra: «Ahora buscaremos una Marina para el ministro!» Véase también el concepto en que Alcalá Galiano tenía a Mendizábal: «Mendizábal es un asno. Calígula hizo consular a su caballo, y creo que esto es lo que ha inducido a lord... a enviarnos a ese burro de la Bolsa de Londres para que sea nuestro ministro.»

La sublevación de los sargentos de La Granja está descrita con desenfadada viveza. Pero acaso el rasgo más inolvidable de ese libro es la escena feroz en que unos milicianos, en un café de la calle de Alcalá, exhibieron la mano ensangrentada del capitán general de Madrid, Quesada, y revolvían con los dedos seccionados el cuenco del café que se disponían a beber.

Cabrera se nos ofrece en esas páginas con toda la horrible maldad de su carácter. Borrow desprecia, además, su supuesto talento militar. Una interesantísima página, referente al irlandés Flinter, que sirviendo en las filas cristinas cayó prisionero de Cabrera, y logró escapar de la prisión y de la muerte, alude a la sospechosa doblez de los gobier-

nos moderados. Flinter, con una pequeña división, sorprendió y derrotó, cerca de Toledo, un Cuerpo de carlistas al mando de Orejita. En pago de su hazaña, el Gobierno, que era entonces moderado o *juste milieu*, le persiguió con incansable animosidad. El primer ministro, Ofalia, llevó a tal punto su inquina contra Flinter, que éste acabó por degollarse con una navaja de afeitar. Ignoro en este momento si la conciliaduría británica de Borrow con Flinter ha recargado las tintas del cuadro.

No quiero terminar sin recoger una curiosa aberración popular, interesante para los folkloristas, observada por Borrow en Galicia: «A los que mueren de lepra elefantina los quemaron, por disposición de la ley, y se aventan las cenizas, porque si el cuerpo de esos leprosos se enterrase en el cementerio, la enfermedad se propagaría en seguida incluso a los demás muertos allí enterrados.»

En cuanto al fin religioso de la misión de Borrow, lo alcanzó con una edición, sin notas, del Evangelio del P. Scio, publicada por D. Andrés Borrego. Entonces los protestantes no conocían la clásica traducción heterodoxa de la Biblia por Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, la mejor en lengua castellana, que ha sido luego la base de todas las copiosas ediciones protestantes.

Como un *leit motiv*, resurge en el libro de Borrow esta observación de asombro: «He aquí un pueblo que se llama cristiano y desconoce el libro capital de su religión, la palabra de Cristo, el Evangelio.» Porque ni entonces ni ahora existían tampoco ediciones católicas populares del Evangelio, ni éste era la base imprescindible de la educación cristiana.

Esperemos la publicación del tomo III para completar nuestro rápido comentario.

Gabriel ALOMAR

Cuentos Españoles

LA FUGA MARAVILLOSA

REÑAN, una vez más, en un nuevo momento de su porfía eterna. Ella quejándose de su desamor, de su abandono, del largo tiempo que la dejaba sola en la casa, como a una muerta insepulta, mientras seguramente corría tras la fragancia de otras mujeres. El la escuchaba silencioso y contrariado, casi sin mirarla, para que su semblante familiar no le moviera a compasión; y de cuando en cuando balbucía alguna excusa trivial, por la última piedad de no decirle la única razón verdadera: que ya no era joven como cuando él la conoció; que sólo la cabellera, intacta a trechos, con su oro inviolado, subsistía de su belleza, y que era demasiada exigencia pedirle que estuviese siempre a su lado, que la contemplase, en un sabeísmo absurdo, como a estrella única de sus noches.

Callaba por piedad; pero ella, experta en la desventura, comprendía sus pensamientos, como si pensase ella también—taumaturgia de la edad—con aquella cabeza más joven, y le revelaba en voz quejosa sus pensamientos ocultos.

—Me abandonas—le decía—porque ya no me amas, porque ya no soy joven como cuando me conociste, porque me he hecho vieja en tu amor—en tu amor, en el que yo había pensado vivir como en una edad indeterminada—y porque te parece que es perder un tiempo precioso pasar las noches convertido en espejo de esa mirada ambigua.

Quejándose así, y él movía la cabeza, enojado de verse descubierto. Y sintiendo inútil ya una piedad que no consolaba, no ocultaba su impaciencia y su enfado. Callaba todavía porque le parecía superfluo—egoístamente—dilapidar su voz para disculparse. Pero hacía gestos irritados y removía con las manos el aire, como si cortase una estela.

Ultimamente, dijo:

—Cállate, mujer: ya que he venido a verte. Si es verdad lo que dices, ¿no temas que empuje esa puerta demasiado fácil y te deje sola con tus quejumbres, que ni siquiera herirán mi sombra?

Y al hablar así señalaba a la puerta, fácil, en efecto, en aquella casa sin quimeras ni esfinges que guardasen los umbrales. Miró ella la puerta y permaneció fascinada un instante, como si sintiera la curiosidad funesta de ver lo que le parecía inverosímil, el abandono franco y absoluto del amante, presintiendo la belleza de aquel ultraje último, de aquella última herida del amor para adornar una belleza moribunda. Y dijo al hombre:

—¿Te atreverías ¡oh, ingrato! a abandonarme así, por no escuchar mis quejas; a dejarme definitivamente sola, bajo la frialdad de este cielo raso que me cubre ya como a una muerta? ¿Te atreverías? ¡Oh, ingrato!

Y pensaba retenerle todavía al hablarle así, con aquella invocación a la piedad y a la compasión suprema, puesto que se comparaba con una muerta. Pero él, harto ya de lo que consideraba puerilidades impropias de una edad senil, se puso en pie y se acercó, resuelto, a la puerta.

—Y deja—dijo—de irritarme importuna, o traspengo esa puerta, salvando mis oídos de tus dardos, y no has de verme más.

Pero ella, entonces, magnífica y temeraria, poseída de la curiosidad funesta, sintiéndose como dotada de una virtud inflexible, pues podía suscitar la última afrenta, la última llaga del amor, con la que sería más bella y juvenil en su soledad, pronunció la palabra fatídica:

—Pues hazlo, si te atreves—dijo en tono de reto.

Y aún esperaba retenerle por la magia de aquel conjuro que fingía inaccesibles y peligrosos los umbrales.

Pero el hombre, pronto y fácil, pues no le estorbaban largas faldas y era joven y sería amado por mucho tiempo aún, cogió el sombrero y lentamente empujó la puerta y salió y se fué, llevándose su sombra, aunque la puerta quedó abierta tras él, y sin que le devorase ese león imaginario que hay siempre tendido ante las puertas.

Iba a seguirle, a retenerle con sus brazos o con su cabellera, todavía undosa. Pero la extremada facilidad de aquel gesto evasivo, su absoluta claridad y perfección, la sencillez con que el hombre cumplió aquel gesto, para ella vedado—porque no era ya joven, porque nadie la aguardaba allá fuera para recibirla en sus brazos, nadie sino el gran cielo lejano y frío—, todo aquello la fascinó. Y admirando la facilidad con que el hombre se evadía, maravillada como si viese coger una poma madura, juzgada inaccesible, permaneció atónita e inmóvil y no hizo ningún gesto para detener al fugitivo, sino que, en una actitud de hechizada, sintió extinguirse en sus oídos lo único que él le dejaba: el rumor de sus pasos, esa otra sombra musical y efímera también.

R. CANSINOS-ASENS

LAS MUJERES DE MADRAZO

SON muy pocos los artistas que merecen tener sus mujeres; y es que no debe confundirse el tipo femenino de un artista, la figura por él creada a través de la insistencia y las repeticiones de su producción con las mujeres de este artista, con esa sucesión de tipos distintos, emparentados no por un parecido deliberado, sino por su dependencia de un mismo espíritu creador. Pero de un mismo espíritu que antes de dar vida a sus figuras supo verlas en el ambiente que les era propio elegirías y quintaesenciarías. Así, Goya, sobrepasando en mucho un tipo único de mujer, nos ha dejado, inconfundibles, sus mujeres. Y no se sabe hasta qué punto él las creó a ellas o ellas le crearon a él.

Después de las mujeres de Goya ha habido, en la sucesión del tiempo, en el arte y la vida españoles, las mujeres de Gutiérrez de la Vega, y después de las de aquel romántico melancólico e insuperablemente encantador, las mujeres de Madrazo. Madrazo, Federico y, con Federico, José, ya que el primero, salvando los años que le separan de su padre, no es sino la figura más sobresaliente de esa ilustre dinastía, cuyos miembros, como es natural, guardan todos, hasta en sus modelos, un aire de familia.

Hace apenas unos años el nombre de Madrazo hacía sonreír; hoy—como dijo con gran acierto Beruete y Moret en el prólogo que escribió para el Catálogo de la Exposición de retratos de mujeres españolas—, las obras de Federico de Madrazo «se encuentran en ese momento crítico en que las cosas dejan de ser viejas y comienzan a ser antiguas»; mas hace muy poco parecían viejas únicamente. Era en el tiempo en que las nuevas corrientes de arte, que comenzaban apenas a penetrar en España, por espíritu natural de lucha y rebeldía, hacían parecer viejo—o, por lo menos, consideraban viejo—todo lo que directa o indirectamente no se había asomado algo al «aire libre» impuesto por el impresionismo de París. Y se englobaban despiadadamente en un mismo desprecio las obras de «la regencia» y aquellas otras que todavía ostentaban, como postrer aliento de las épocas grandes, el supremo equilibrio de la buena escuela española. Y fué menester un modernismo más agudo, tan agudo, que ya no temió mirar hacia atrás, para comprender que Goya fué el último de los más grandes; pero no el último del todo, y que, después de él, hubo todavía mucho bueno en nuestra pintura. Esta comprensión se impuso, aunque nadie de fuera la reconociese, sin duda porque, de aquellos

años, éramos el único país que la podía tener.

Y ahora, mirando hacia atrás, incluso hacia lo que aún está muy cerca, hacia lo que apenas si se atreve una a llamar

hasta la orgullosísima gobernadora de los Países Bajos, parecen sólo muy discretas y tranquilas amas de su casa, de espíritu al fin y al cabo mediocre, si hacemos caso omiso de las

sugestiones del tiempo. Y las figuras exquisitas de la Escuela Inglesa resultan en su «preciosismo», demasiado hechas, y las elegancias del dieciocho francés recuerdan siempre la afectación de las églogas versallescas. Unicamente la distinción de las efígies españolas parece natural y liga estrechamente, haciéndolos depender indisolublemente uno de otra, al retratista con la retratada.

Y por esto cautivan tan intensamente — a quien sabe llegar hasta ellas — las mujeres de

abuelas velazqueñas, con el esplendor del tisú; y peinan sin coquetería, sin rizos, con tocados siempre «muy de mañana», aunque vayan de baile. Y sus gestos también son exageradamente comedidos, dando la impresión, aunque así no sea, de tener siempre las manos cruzadas en la falda. Y, sin embargo...

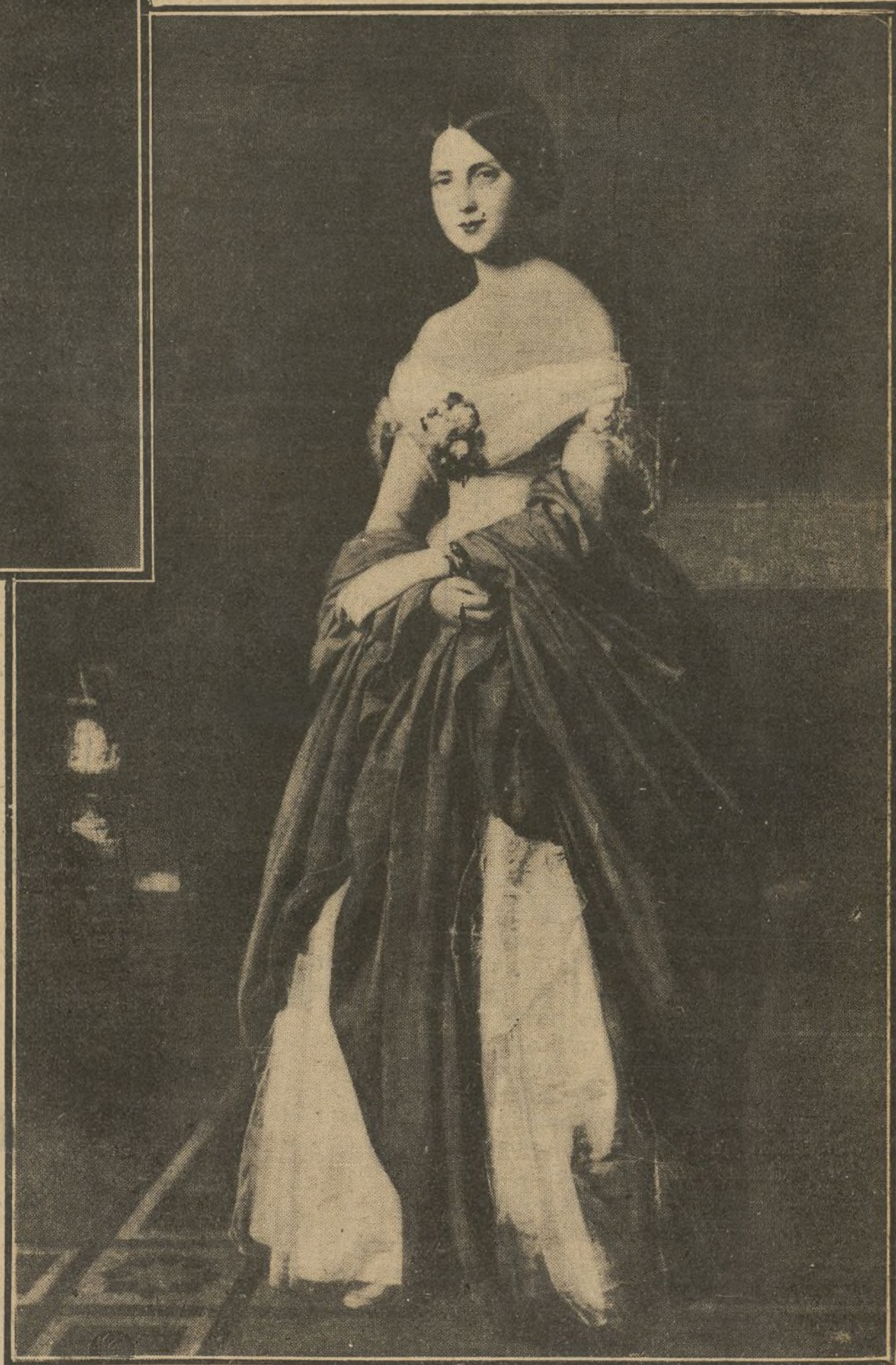
Tiesas y engoladas figuras de otros siglos; Pantojas, Coellos y Carreños, y altivas princesas de Velázquez, y castizamente elegantes marquesitas de Goya; todas convergéis en estas burguesas siempre grandes damas, que, por eso mismo, por lo ingrato de su primera apariencia, afirman aún más rotundamente que vosotras su alcurnia señorial, y dicen que Madrazo fué, además de un pintor muy grande, un maravilloso intérprete, en sus mujeres, de la mujer española.

Hay en todas las grandes escuelas de pintura algunas figuras femeninas que parecen recoger y guardar el encanto más íntimo, el encanto perenne de la raza. ¿Y no es verdad que también esta



LA DUQUESA DE LA VICTORIA, POR JOSÉ DE MADRAZO

antiguo, adviértese en toda su fuerza la seriedad del arte español; una seriedad espontánea—instintiva, podría decirse—que hace que sus retratos sean los más aristocráticos y los más señoriales, entendiéndolo por estas palabras la distinción innata y suprema, la que no se puede adquirir y que reviste con un mismo e inconfundible tinte las figuras de burguesas y de damas de corte. Porque esta seriedad donde más esencial y definitiva aparece es en las efígies femeninas, más fácilmente expuestas por algún detalle del tocado, algún ornamento del traje y, sobre todo, por alguna particularidad en la expresión de la cara o las manos, a todas las blanduras y todas las sutilidades. Retratos de hombres hay algunos, fuera de España, tan altivos y dignos como los nuestros, y son varios los comentaristas que en las frases de «El Cortegiano» en que Castiglione antepone a cualquier otra cualidad del pintor la gravedad tranquila, la gracia sin esfuerzo, han querido ver una apología del Rafael de los retratos. Pero, retratos de mujeres, sólo los nuestros encarnan tan absolutamente el espíritu superior de una raza; los florentinos, flexibles y a menudo inquietantes, no aparecen nunca de espíritu inmutable a través de las variaciones de época; los de Antonio Moro, en su aparente reflexión, no se elevan nunca más allá del espíritu de Metje, la buena y casera espesa del pintor, y todas sus mujeres,



DONA LEOCADIA ZAMORA Y QUESADA, POR FEDERICO DE MADRAZO

Madrazo. Son figuras de la época más ingrata que hubo, la época en que el espíritu «Luis Felipe» imperaba por todo el mundo. Como por promesa de renacimiento, visten trajes sin línea, cuya ausencia no compensan, cual sus

doña Leocadia Zamora y Quesada, por ser joven, arrogante y bella, adquiere, merced al contraste de su «estado» con la actitud impuesta, un carácter de incomparable serenidad?

Margarita NELKEN

EL GORRO DE ANDRÉS



Pero... ¿dar el gorro a cualquiera, después que su madre había puesto los cinco sentidos en hacerse-lo?... ¡Que no, que no!... Andrés dejó a Tirilla y siguió andando.

Poco más allá encontró a la señora Juana, que le dijo:

—Andrés, ¡qué majo vas!... ¿Vas de baile a Palacio?...

Al oír aquello, pensó Andrés: «¿Y por qué no? ¿Por qué no he de ir al baile yo si van otros?...» Y en vez de volverse a su casa echó carretera adelante, decidido a llegar a la corte, buscar la casa del rey y bailar.

A la puerta de Palacio había dos soldados con sus mosquetes al hombro.

—¡Alto! ¿Dónde se va?—preguntaron a Andrés, cerrándole el paso al mismo tiempo.

—Al baile del rey—contestó Andrés.

—¿Al baile tú? ¿Pero qué te has figurado?

Le echaron los guardias, y él empezó a dárles empujones. La princesa, que oyó el escándalo, salió para ver lo que pasaba, y al encontrarse con un mozalbete tan valentón y bien plantado, y sobre todo, al ver un gorro como aquél, cogió del brazo a Andrés y echó con él escaleras arriba.

A un lado y otro de la escalinata formaban la guardia unos soldados altísimos, con unas alabardas de plata que echaban chispas de relucientes y de limpias. Todos ellos doblaron el espinazo, tocando con las narices el suelo al ver

pasar a Andrés. Pensaban que, por fuerza, debía ser príncipe, lo menos, el dueño de un gorro semejante.

Le llevó la princesita por unos salones grandísimos, donde había que andar con mucho cuidado, porque se escurría uno de brillante que estaba el piso, y fueron a parar al comedor. Allí había de todo: torraos, avellanas, pirulis, merengues de lo fino, pasteles de hojaldre, natillas...

Andrés se disponía a entenderse con todo aquello, cuando le dijo la princesa: —Pero oye, tú; quitate el gorro, que aquí no se puede estar cubierto.

—¿El gorro yo?... No... Yo no me lo quito... Se lo pueden llevar...

—¿Llevar?... ¿Qué te has creído?...

No se había creído ningún disparate, porque la princesa no quitaba ojo al gorro y pasaba grandísimas ganas de apropiárselo. Presumida y coquetísima, le dijo, contoneándose:

—Si quieres ser mi novio tienes que darme el gorro.

Andrés se paró a pensar. Una princesa por novia no era cualquier cosa; pero, ¿valía una princesa lo que su gorro? Un gorro como el suyo, hecho por su madre; un gorro que admiraba a todo el mundo, ¿podía darse así como así, sólo porque se le antojase a la primera princesa que se le aparecía en el camino?... No estaba bien que ella quisiera quitarle su gorro. ¿De quién iba a ser novia, de él o del gorro?... Nada, nada. A él había que tomarle con gorro y todo... Y si no, nada.

La princesa, en vista de que el otro no cedía, le empezó a llenar los bolsillos de caramelos y pasteles.

—Toma, para ti todos... Y ahora, ¿me das el gorro?

Andrés se cogía el gorro con las dos

manos, temiendo que la princesa quisiera quitárselo...

En efecto; como Andrés no le cedía el gorro ni por dulces ni por dulzuras, le echó mano a la borla, dispuesta a quitárselo. Pero él se resistió. Se resistió Andrés, insistió ella, forcejearon los dos y ambos empezaron a dar vueltas, agarrada la princesa al pom-pom, tira que te tira, y apretándose Andrés el gorro contra las orejas, resiste que resiste.

Por fin, Andrés resbaló en el suelo y cayó rodando; pero sin soltar el gorro. La princesa rodó detrás, pero sin soltar la borla, y pataleando tiraron la mesa, con las tartas, las natillas, los confites y toda la carga...

Acudieron al estrépito los servidores de Palacio, los cortesanos y el rey mismo.

Enterado éste de la cuestión, se llegó hasta Andrés y le dijo:

—Vaya, buen mozo; y a mí, ¿me das el gorro si te doy en cambio mi corona?

El chico se echó a temblar. «Si no se lo doy—pensó—, es el rey y mandará que me corten la cabeza. Pero, ¿qué dirá mi madre si vuelvo a casa sin el gorro? ¿Y qué dirán todos los que me trataban como a un señor si ven que vuelvo a pelo, como un pelagatos cualquiera?»

Y dando media vuelta, enfiló la puerta y echó a correr por medio de los salones de Palacio.

—¡Que le cojan!... ¡A ése!—gritó el rey, enfurecido al verse despreciado por un monigote.

—¡Alto!—gritaron los guardias de la escalinata, cerrando el paso a Andrés.

Este se paró, temblando. Le apuntaban con las alabardas aquellos hombretones, y estuvo a punto de darles el gorro.

Pero en seguida pensó: «¿Voy a tener miedo yo, el dueño de un gorro como éste?»

Veloz se tiró a las piernas de un alabardero, se enredó en ellas y le hizo perder pie y caer escaleras abajo. Como todos estaban en fila, el primero tiró al segundo, empujó el segundo al tercero y todos cayeron formando un pelotón, mientras Andrés se escabullía, dejando el suelo sembrado de caramelos y pasteles, los pasteles y caramelos con que la princesita había querido sobornarle y que se le iban saliendo de los bolsillos al correr.

A su casa llegó, al fin, Andresillo y contó a todos lo pasado. Su madre le dio muchos besos y sus hermanos pequeños le oyeron con la boca abierta, pasmados de tantas aventuras. Sólo el hermano mayor se encaró con Andresillo y le dijo, medio burlón, medio rabioso:

—Imbécil, papanatas. ¿Te parece a ti que ese gorro tuyo—ese gorro que parece una manga de colar café— vale más que la corona del rey, que es de oro y de piedras preciosas?... Hace falta ser lo tonto que tú eres para haber hecho lo que has hecho.

Pero Andrés se encogió de hombros: su gorro era su gorro. Y para demostrarle a su hermano que de tonto no tenía ni un pelo, juró que había de ser célebre y que tendría que hablarse en todo el mundo de Andrés y de su gorro. Y, en efecto; al cabo de los años, Andrés, convertido en personaje, fué fundador, nada menos que fundador, de una ciudad magnífica, y la ciudad tuvo un escudo en donde no había más insignia ni más nada que un gorro verde cardenillo, con la punta color azul y una borla encarnada en la punta.

Por la paráfrasis de un cuento popular inglés.

Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.



*

virtió tres en sacarle punta al lápiz

l B! ¡La localidad A!...
nomenclatura le pareció
lar. Todo lugar en donde
luchan los humanos tie-
y nunca se le designa por
las letras. Eso sólo po-
a un monstruo como el
temáticas, en cuyo cere-
había surgido en vez de

El sol no doraba aún las copas de los gigantescos baobabs; los pájaros de las regiones tropicales dormían aún en sus nidos; los cisnes negros no habían salido todavía de entre los enormes bambúes australianos, cuando Guillermo Bloker, el célebre bandido, terror de toda la comarca, se puso en camino. De cuan-

do en cuando se detenía breves instantes y hundía en las sombras de la espesura su mirada escrutadora. Sólo podía andar cuatro kilómetros por hora, porque la noche antes, un enemigo misterioso, oculto tras el tronco de una enorme magnolia, le había atravesado una pierna de un balazo.

—¡Vive Dios! —balbuceó el bandido—. ¡Juro por la piel del elefante sagrado de nuestros bosques que si encuentro al canalla que le ha cortado las patas a mi caballo!...

Sus dientes rechinaron y su diestra apretó, furiosa, el mango del puñal.

Rodolfo Coufers, que se había dormido acechando entre los árboles su paso, se despertó de pronto, cuando ya el bandido se hallaba a un kilómetro de distancia, y vió en la arena del camino las huellas de sus pisadas. Clavando en ellas una mirada severa, murmuró:

—Te alcanzaré, infame, te alcanzaré. Yo no estoy cojo; mis cinco kilómetros por hora no hay quien me los quite.

Y echó a andar, encogido como una fiera que va a saltar sobre su víctima, en pos del bandolero.

Bleker, al oír pasos a su espalda, se subió, rápido como un cuadrumano, a lo alto de un eucalipto gigantesco, y oteó, aperebida la escopeta. El honrado «squatter», que no le había visto, siguió avanzando. Sonó un tiro. Rodolfo cayó boca arriba, mortalmente herido en el cráneo.

Guillermo lanzó una carcajada diabólica...

—Bueno; los veinte minutos han pasado.

Estas palabras del profesor de Matemáticas retumbaban como un trueno en los oídos de Semén Pantalikin.

—¿Han acabado ustedes, señores?—añadió el profesor—. Semén Pantalikin, ¿a qué hora llegó cada uno de los campesinos a la localidad?

El pobre escolar sintió un vehemente deseo de decir que sólo había llegado uno, porque el otro se había quedado en el camino, durmiendo el sueño eterno, a la sombra de un eucalipto; pero no lo dijo. El profesor habría pensado que se había vuelto loco, y los demás examinando se hubieran reído de él.

—No he resuelto el problema... No he tenido tiempo—balbuceó el discípulo de Mayne Reid.

—Conque no ha tenido usted tiempo, ¿eh?—¡May bien, caballero! Repetirá usted el curso de Aritmética y Álgebra.

—¡Este perdido!—murmuró Semén Pantalikin—. Mi padre me dará una tunda en vez de la escopeta que me había prometido. ¡Malditas Matemáticas!...

A. AVERCHENKO

Traducción de N. TASIN.

HEROISMO DE AMOR

El caballero cántabro Conrado Peláez de Quirós, flor y espejo de galanes y codicia de las bellas, pertenecía a una de las más nobles familias del país; el bozo de la primera juventud sombreaba sus labios, y las haciendas del patrimonio que habían de venir a sus manos por legítima sucesión abundaban en fincas rústicas y bienes inmuebles.

Con esto queda hecho el más lisonjero retrato que puede hacerse de un caballero que desea ser amado por las mujeres; y para completarlo, ha de añadirse que su carácter, aunque brusco y algo imperioso, como de guerrero, era en el fondo apacible y dulce. La educación esmerada que recibiera había inculcado en él sentimientos imborrables.

Se enamoró de María Garcillano, doncella rica y hermosa, castellana de los alrededores. Y dotado como estaba de excelentes prendas, fué gratísimamente acogido por la familia y correspondido en su amor por la gentil María. Conrado habitaba muy cerca de su amada, en uno de los castillos más arcaicos y llenos de señorial prestigio de la costa cántabrica.

Era Conrado apasionadísimo de la caza, y a cinegéticas empresas dedicaba gran parte de su tiempo... La doncella jamás vió en ello nada reprehensible, aunque a ratos, entretenido con sus cacerías e intrigado por sus compañeros de *nemrodismo*, jóvenes como él y como él célibes, olvidase un poco a la pobre María y no la visitase en días y aun semanas enteras. Pero el mal aconsejado amor ciega los ojos del que ama, hasta el punto de hacerle olvidar los desdenes del amado.

La pobre niña, en la soledad del castillo, lloraba y sufría. Sus azafatas procuraban consolarla, aconsejándole que despreciase al ingrato Conrado e hiciese oído a las amorosas súplicas de otro caballero de aquellos contornos, Ramón Valdés de Susacasa, no menos rico, no menos linajudo y no menos gallardo que Peláez de Quirós. Mas ella desoía tales avisos y consejos; que el amor es sordo a todas las palabras que no le hablen de su dulce bien, del objeto de sus suspiros...

Si era verdad que Conrado la olvidaba a ratos, en cambio, cuando venía a verla, ¡qué dulces lisonjas ensartaba en su diálogo! Y, sobre todo, ¡qué apuesto y gentil era!... ¡Con qué donaire zaran-deaba el cuerpo en torneos y justas! ¡Qué diestramente hería al contrario con el filo de su espada!... ¡Qué presuntuoso y arrogante estaba cuando montaba a caballo y en su fogoso corcel de Arabia recorría sus extensos dominios!... ¡Qué buen marido había de hacer!...

Todas estas consideraciones que a solas se forjaba la doncella pesaban más en su ánimo que las desabridas advertencias de las azafatas, que la crucifica-

ban a reprimendas por su contumacia en el amor a Conrado.

Influido el gallardo mozo por la taifa de libertinos que le seguían a todas partes—coro de parásitos rodeando al arrogante caballero—, fué poco a poco tornándose acérrimo defensor del celibato y rompiendo las ligaduras amorosas que a María le ataban. Un día, por fin, decidióse a enviarle una carta zafándose del compromiso contraído y confesando a María su determinación de no someterse al yugo matrimonial.

Pasó algún tiempo el mozo con remordimiento de conciencia, noches de insomnio y torturas internas, porque, al fin, era de buenos sentimientos y algo le decía allí en lo hondo que había obrado villanamente con la enamorada. Mas los amigos, lograron distraerle con zamboras y fiestas organizadas en su honor, y en las cuales rústicas cortesanas de aquellos contornos le brindaban sus gracias.

Una noche, Conrado cabalgaba solo por el bosque, regresando del castillo de un amigo, mozo depravado que había organizado una orgía para distraer su tedio. Llevaba la cabeza entorpecida por los abusos de la embriaguez y por la melancolía que sucede a los excesos de libertinaje.

Subitamente oyó una voz clara y enérgica que le llamaba por su nombre, diciéndole:

—Conrado, acércate...

Vió ante sí un caballero desconocido que vestía armadura brillante, del claror de la luna.

—¿Quién eres?—preguntó Conrado, sorprendido—. ¿Qué quieres de mí en estos parajes y a tales horas?...

—Mira mi escudo de armas—dijo el desconocido—y obtendrás la respuesta. Soy el hermano de María, tu abandonada novia, que vuelve de Palestina, de la cruzada, y sabedor de la ruin fechoría que cometiste con mi hermana, vengo a pedirte cuentas de tu deslealtad y de tu vileza. Prepárate al combate, que será de vida o muerte...

VÉSPERO

Abril culmina. La planicie inmensa cúbrese, a trechos, de sutil verdor. Cae sin ruidos la tarde. Solitaria, una alondra el azul hiende veloz.

Ni una esquila, ni un humo, ni una fuente, ni el ladrido de un can. Sólo el fulgor de una estrella—de Venus—parpadea, trémulo, lejos, mientras muere el sol.

Estamos en Castilla. Tierra y cielo; sólo la inmensidad; y ante ella, yo, sentado junto al tronco de una encina y en el tronco apoyado mi bordón.

Torno de brengas tierras. Casi niño, y en otra tarde igual, de rojo sol, abandoné estos campos—lares míos—con sus surcos también, como ahora, en flor.

Fué mi exilio una lucha interminable, una lucha tenaz, dura, feroz; implacable el Destino por vencerme; por vencer al Destino mi ilusión.

Mas ¿quién vence al Destino? Mi esperanza—pájaro azul que en mi heredad cantó—, mustias las plumas de sus yertas alas, fué, al fin, vencida porque quiso Dios.

Larga, la sombra de la vieja encina—luz de Poniente—, su perfil tendió. Canta un canchillo, y en la tarde muerta rueda y se pierde su aflautada voz.

¿Qué fué de mi heredad? ¿Qué de las pomas del huerto aquel donde soñaba yo? ¿Mana aún su fuente cristalina? ¿Aún suena, claro, en la noche su gentil rumor?

¿Tiene aún mi huerto su tapial? ¿Sus álamos mueve aún el viento con dormido son? —Álamos verdes que en otoño eran lirras de plata que bruñía el sol—.

Sombras. La noche. Enrojecida luna surge de pronto por Oriente. Yo llevo a mis manos las cansadas sienes, y así, en la noche, a recordar me doy.

¡Blancos tapiales de mi huerto umbrío! ¡Clara fontana de gentil rumor! ¡Álamos verdes que mecía el viento! ¡Lirras de plata que bruñía el sol!

¿Quién en mi oído reprimió un sollozo? ¿Quién en mis hombros con su mano dió? Nadie; es el frío el que me hirió en la espalda. Nadie; es el viento el que, al pasar, gimíó.

Quietud. Silencio. La sangrienta luna trepa, callada, por Oriente. Yo llevo a mis manos las rendidas sienes, y así, en la noche, a recordar me doy.

¡Álamos verdes! ¡Fontana sonora! ¡Pájaro azul que en mi heredad cantó!... ¡Oh, no fué el frío el que me hirió en la espalda! ¡No; no fué el viento el que, al pasar, gimíó!

Fernando LOPEZ MARTIN

Esta provocación audaz excitó la cólera de Conrado, que, aunque entorpecido por el alcohol, era de índole brava y aguerrida. Sacó la espada, asiendo de la empuñadura, y se trabó la furiosa contienda.

El débil brazo del adversario no pudo resistir mucho tiempo a los golpes certeros de Conrado, que era robusto y duro. Herido mortalmente en el corazón, el agresor cayó del alazán que montaba. Conrado, que era tan piadoso como bravo, se apresuró a descender de su caballo y a auxiliar al vencido en noble lid. Al incorporarse sobre él, la luna iluminó el pálido y bello semblante del guerrero mortalmente herido. ¡Con qué pavor y con qué sorpresa reconoció Conrado en este rostro los rasgos delicados de su amada María!...

Con voz agónica, la moribunda todavía pudo balbucear:

—Conrado, amor mío: yo quería morir a tus manos... Sin ti la vida era para mí carga pesada...

El caballero, condolido y trágicamente pálido, trató de reanimar a la agonizante; pero todo fué en vano... La heroica doncella expiró pocos momentos después...

Como un poseso, como un criminal, Conrado se arrojó sobre el cuerpo inmóvil que tanto idolatrara en otro tiempo...

Los siervos del castillo, que acudieron en busca suya por suponerle víctima de un accidente de caza, le vinieron a encontrar abrazado al cadáver, loco de dolor...

María Garcillano fué enterrada con gran pompa en el panteón de la familia. Poco después, Conrado Peláez de Quirós hizo elevar un monasterio sobre la tumba de María, en memoria suya. Jamás gozó después el desdichado caballero un instante de felicidad; jamás pudo ahogar los remordimientos que le torturaban; jamás sintió que había expiado plenamente su culpa...

Hizo donación de todos sus bienes al monasterio de su fundación, al cual dió el nombre de su amada: Santa María del Mar. Luego partió con una mesnada de cruzados a Palestina, donde quería encontrar la ansiada muerte que le había de unir a su fiel prometida, heroína por amor...

La gloria le perseguía y la muerte parecía esquivarle como doncella arisca. Mas, al fin, en el asalto de cierta fortaleza, el golpe de una saeta enemiga hirió de muerte a Conrado, que combatía sin coraza y había sido el primero en asaltar los muros de la ciudadela...

Andrés GONZALEZ BLANCO

ELESCAPE DE LA VIDA

TENÍA la casa la obscuridad de los pisos bajos. Era uno de los pocos pisos bajos de nuestra gran ciudad, pues las tiendas dominan ya casi todos los huecos que pertenecieron a los pisos altos. Por muy dura que sea la piedra que cierra por abajo el balcón de esos pisos y que es como su cimienta, los escorpiones y los buriles de los picapedreros logran perforar la piedra.

En aquella obscuridad estaba la pobre enferma. Era una soltera, enjuta, pálida, pero agradable, en la que aun quedaban rasgos que poder besar.

Cuando me llamaron, como al doctor de los casos raros, y supe que habitaba la enferma en ese cuarto bajo de aquella calle oscura y angosta, ya sospeché que el caso debía ser muy difícil.

—Su tío Antonio, que viene todas las tardes a verla—me había dicho su madre—, dice que cada nuevo día encuentra una mujer diferente, más consumida cada hora que pasa.

La observé. Hablé con ella con la ternura que se siente en los pisos bajos, en los que la intimidad tiene algo de intimidad de portería. Por el balcón se veía la calle a raíz de su suelo. Parecía más vieja que era aquella mujer, por causa del piso bajo; sin embargo, en el ambiente del piso bajo sus rasgos jóvenes, delicados, de gracia acariciante, producían una desgarradora emoción.

Durante muchas tardes iba y me sentaba en las sillas bajas—siempre bajas, por muy sillas de alto corte que sean—de los pisos bajos.

Era para mí una cosa sedante y energizadora ver aquella mujer en el gabinete de otra época; un gabinete como enterrado bajo los gabinetes de los pisos altos más modernos y claros. Parecía, por la sensación del piso y de las cosas, un gabinete de ultratumba, aunque iluminado con luz de la vida.

Adelaida se llamaba la delgada solte-

ra, como hecha de estearina, la blanca estearina de las velas, la estearina tan intermediaria entre lo compacto y lo gaseoso, la estearina que es soluble en el éter, por lo cual lo prohibi para sus desmayos, temiendo que se derritiera mi blanca enferma, cuya casa, el día que yo entré por primera vez, olía a éter y a alcanfor.

Adelaida se me aparecía siempre sentada frente a un velador de tres patas, cubierto por un tapete de cordoncillo pardo. Sus manos descansaban sobre el velador, jugando con los pequeños objetos que en él había: unos monos tirando de un cochecito, un oso flautista, un zapato de porcelana con los bordes dorados, un chino de marfil, un barquito de nácar. Parecía jugar al ajedrez con aquellos objetos, y sólo descansaba del juego de ajedrez cuando abría un álbum de retratos, con broches que relucían mucho, y se ponía a ver los retratos. Sus manos eran un adorno más en el velador: dos manos en pagodita.

Cada día que pasaba se advertía la huella que dejaba en la enferma, como si se viese que habían desprendido una hoja

más al almanaque de su vida, un almanaque para un solo año.

No me daba cuenta de cuál podía ser el origen de aquella consunción. Digería perfectamente, sus pulmones estaban bien, su corazón latía con regularidad, sus riñones marchaban. Pero materialmente, así como se desangra una persona perdiendo sangre, ella se desangraba perdiendo vida. Se podía decir que se notaba el escape de la vida mientras se la hacía la visita...

¿? ¿? ¿? Hasta que un día pensando en el velador de tres patas me acordé de que ese es el mueble del espiritismo, el mueble conductor y flúidico.

¡Ese era el mal! Con sus manos sobre el velador espiritista se había estado yendo y despojando, día tras día, de flúido magnético; su vida se iba diluyendo, perdiéndose su electricidad, como el rayo a través del pararrayos.

En efecto; eché de la casa el velador de tres patas, y la delicada soltera volvió a recobrar sus morbideces perdidas y volvió a bailar los vales de la casa-dera.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

CARNE LÍQUIDA
DEL DR. VALDÉS GARCÍA DE MONTEVIDEO



TONICO-RECONSTITUYENTE
= PODEROSO NUTRITIVO =

En todas las Farmacias y Droguerías

INSUSTITUIBLE PARA ANEMIA, DEBILIDAD NERVIOSA, CLOROSIS, TUBERCULOSIS, NIÑOS RAQUITICOS Y CONVALESCENCIAS

FORMA

DIBUJO **GRABADO**

ARTISTICO INDUSTRIAL COMERCIAL

DVRA

TRICOLOR LINEA DIRECTO

ESTUDIO Y TALLERES **EL IMPARCIAL** DUQUE DE ALBA, 4. BAJO


Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID
Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17 AYALA, 60



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

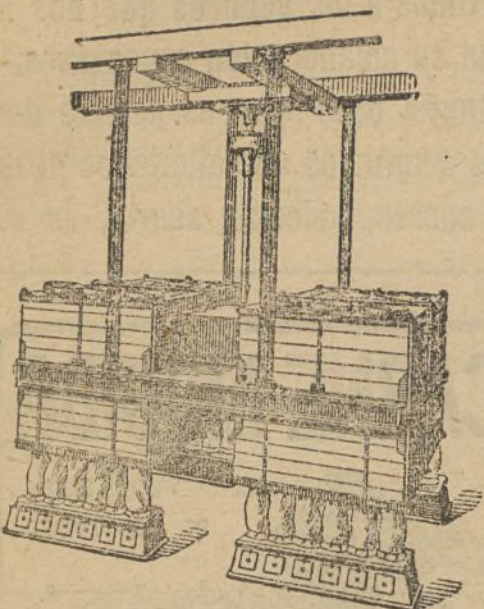
De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50.—MADRID

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)



BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36

MADRID

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para
Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.

Fábricas de Pastas Alimenticias.

Fábricas de Malte y de Cerveza.

Tejerías Mecánicas.

Fábricas de Ladrillos sílico-calcareos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de

FÁBRICAS DE HARINAS

CON MODERNO DIAGRAMA

::::: PÍDANSE CATÁLOGOS Y OFERTAS :::::

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista parcial del comedor del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



¡EUREKA!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

AVISO

Un ahorro mal empleado es adquirir lámparas baratas que, al fin de cuentas, resultan caras. La verdadera economía en el fluido y en la manutención del alumbrado se alcanza gastando en todas partes las famosas lámparas Budapest Tungsram (corrientes, tipo 1/2 watio y 1/2 watio intensivas) procedentes de la antigua fábrica de Budapest (Ujpest). Las casas particulares, los casinos, teatros, hoteles, restaurants, talleres, centrales, el alumbrado público y el público en general, no dejarán de convencerse pronto de la verdadera significación de las tres palabras:

LÁMPARAS BUDAPEST TUNGSRAM